



PLAZAS DE LAS PALMAS

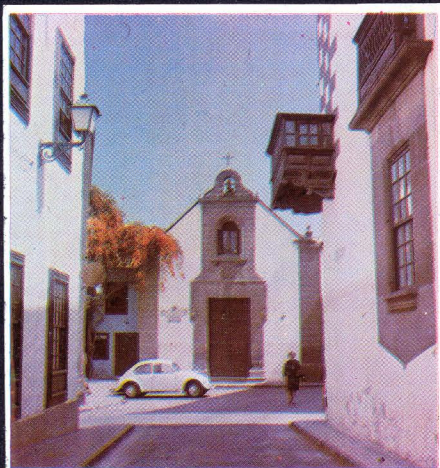


PLAZA DE SANTA ANA

Decía un filósofo de la historia que la "polis", la ciudad mediterránea, surgió cuando el caserío cerró un espacio central que sirvió para encuentro y comunicación de los ciudadanos. Este espacio rodeado de casas es la plaza, el ágora, que diferenciaba a la ciudad de la simple aldea rural. La plaza vertebró a la ciudad y es el espacio de la convivencia pública de los ciudadanos. Durante muchos siglos la plaza desempeñará un papel cívico importante en las ciudades. La villa de Las Palmas no fue una excepción. Las Palmas nació en una plaza, la de San Antonio Abad, y a lo largo de varias centurias vivió en sus plazas: la Mayor de Santa Ana, la plaza principal, religiosa, oficialista y colonial; la conventual de Santo Domingo; la Plazuela y la Alameda, románticas y decimonónicas; el Parque de San Telmo, del despertar de la ciudad, y, aún hoy, el Parque de Santa Catalina, en cuyo colorido y alegre recinto la capital se abraza con el mundo entero.

No tardó mucho el primitivo emplazamiento castrense en convertirse en la primera y principal plaza de una recién nacida villa, allá por el año 1485. Pronto la empalizada defensiva del Real se vio sustituida por edificios cívicos y religiosos de rango, separados por estrechas callejas que daban el primer paso del polluelo recién salido del cascarón. De aquéllos se conservan hoy la ermita de

SAN ANTONIO ABAD

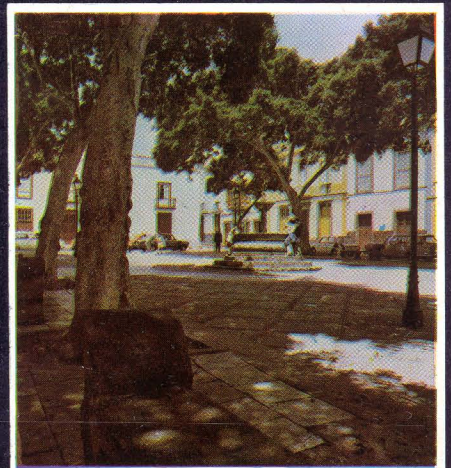


San Antonio Abad que en el siglo XVIII sustituyó a la primitiva, destruida por un incendio, y la vieja casa de los gobernadores, restaurada como Casa de Colón, recordando el paso del Descubridor que con toda probabilidad pisó aquella plaza y oró en la ermita-catedral durante su venida a Gran Canaria en el viaje del Descubrimiento.

Alboreando el siglo XVI la plaza originaria perdió su carácter principal, en el que fue sustituida por la plaza de Santa Ana. Allí, en su parte de nacimiento, se inició la construcción de la catedral de Canarias, al tiempo que fijaron su sede las Casas del Cabildo y las Casas Obispaes. El llamado Fuero de Gran Canaria (Real Cédula de 20 de diciembre de 1494) disponía que en la villa hubiese "Casa de Consejo, Cárcel, Casa Diputada y parte en que estén los escribanos, y auditorio para las Audiencias de los alcaldes, y todo esto esté en la Plaza, en lugar conveniente". De esta forma, en la plaza mayor se ubicaron, tal como estaba dispuesto, las Casas del Cabildo, a comienzos del siglo XVI. Más tarde, antes de la mitad de la nueva centuria, el Cabildo de la isla contó con nuevo edificio, una hermosa construcción precedida de arcadas en su planta baja y presidida por artísticos ventanales góticos en su planta superior, que cerró el poniente de la plaza hasta 1842, año en que fue destruida por un incendio. En su lugar se levantó el actual edificio del Ayuntamiento que data de la mitad del siglo pasado.

También desde fechas remotas en la historia de la ciudad, se situaron allí las Casas Obispaes en solares cedidos a los Obispos de Canarias. Documentos de principios del siglo XVI atestiguan la presencia de la sede episcopal

SANTO DOMINGO



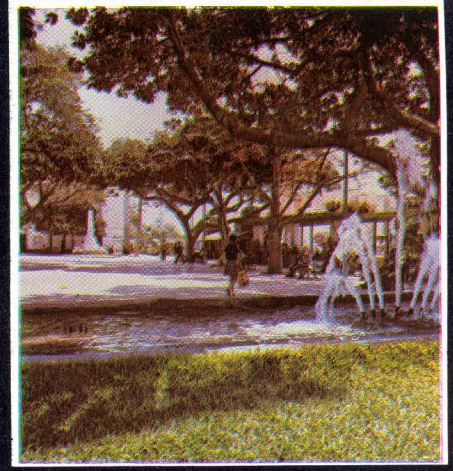
© Del documento los autores. Digitalización de la Biblioteca de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria



ALAMEDA



PLAZA CAIRASCO



PLAZUELA

en la plaza de Santa Ana y el plano de Las Palmas trazado por Torriani nos muestra gráficamente los terrenos que ocupaba el Obispado en esta parte de la ciudad, con una gran huerta, de la que hoy sólo queda un pequeño jardín, la cual rodeaba al edificio que ha llegado hasta nuestros días, construido en tiempos del Obispo Vela (1575-1580).

Junto a los grandes edificios civiles y religiosos de la ciudad, en esta plaza se asentó la Casa del Regente, bella construcción que tenía comunicación directa, a través de un paso sobre la calle, con las Casas del Cabildo; está situada en el lateral norte de la plaza, al igual que el Obispado. En otra de las casas de la plaza, ya desaparecida, frente a la Catedral, tenían su residencia los Alféreces Mayores de la isla. Y entre los personajes ilustres que moraron en esta parte de la ciudad se recuerda al historiador canario Viera y Clavijo, que residió en una de las casas del lateral norte, hacia el centro de la plaza.

Durante siglos la de Santa Ana ha sido plaza principal de Las Palmas y centro de los grandes acontecimientos cívicos y religiosos, desde la jura del Estatuto Real en 1834 hasta la masiva celebración de la División Provincial en 1927; desde los tradicionales fuegos de artificio de San Pedro Mártir hasta el paso de la procesión del Corpus sobre el hermoso tapiz floral que se confeccionaba cada año. Con sus escalinatas de cantería y el vistoso revoloteo de sus palomas los viejos "perros de la Plaza de Santa Ana", ésta es hoy todo un símbolo en la ciudad de Las Palmas.

Otra de las plazas antiguas de esta ciudad es la de Santo Domingo, situada ante la iglesia

del viejo convento dominico de San Pedro Mártir. Allí la modesta fuente central, de sillería labrada, preside un espacio severo y recoleto, cuya atmósfera invita todavía a los ancianos a sentarse en sus bancos de piedra y permite escuchar el grito de los niños en juegos de unas tardes sin tiempo.

Más modernas, decimonónicas, son la Alameda y la Plazuela. La Alameda y su aledaña placita de Cairasco ocupan el solar que fuera del antiguo convento de monjas de Santa Clara. La Plazuela, junto al cauce del Guiniguada, cobró vida al construirse el Puente de Verdugo que la unía con el aristocrático barrio de Vegueta. La acogedora placita, plena de recuerdos de la historia íntima de la ciudad, guarda un monumento al que fuera alcalde de aquella, Hurtado de Mendoza. Hasta fechas recientes fue lugar de tertulias ciudadanas; hoy ha quedado en mero lugar de paso, aprisionada por el cemento y el hierro de una autopista.

La Alameda fue la plaza romántica de Las Palmas. La rodeaba una verja, característica de los parques de la época, con dos entradas en sus lados norte y sur, flanqueadas por esbeltas columnas. La verja data de la segunda mitad del siglo, cuando la Alameda se había convertido en el centro de reunión y paseo de la ciudad, y era escenario de los conciertos interpretados por las bandas y pequeñas orquestas locales. Esta pequeña plaza es también conocida con el nombre del descubridor de América: allí se levanta un monumento a Cristóbal Colón inaugurado en 1892, con motivo de conmemorarse los cuatrocientos años de la gran gesta colombina y su paso por Gran Canaria en el viaje del descubrimiento. A espaldas del monumento se encuentra la

iglesia del convento de San Francisco, originario del siglo XV. Su hermosa puerta de cantería azul data del siglo XVII. Junto a la Alameda, la pequeña plaza de Cairasco, recuerda al poeta isleño de este nombre, en cuyo honor se erigió el año 1876 un busto, que hoy seguimos contemplando, entre las esbeltas palmeras de aquel pintoresco rincón. Bartolomé de Cairasco vivió en el siglo XVI en esta ciudad y es una gloria de sus letras. Su casa estuvo situada, precisamente, en este lugar, antes de la construcción del monasterio de las monjas claras; fue incendiada y destruida durante la invasión de la armada holandesa en 1599.

Cuando la ciudad comenzó a desperezarse en el siglo pasado, miró hacia el norte, hacia los arenales. La villa terminaba en Triana y había muchos espacios libres. Al final de la Calle Mayor de aquel nombre se hizo entonces el Parque de San Telmo, que lleva el nombre de la ermita allí situada, originaria del siglo XVI. La ermita, que cuenta con un hermoso retablo barroco, está en una de las esquinas del Parque; en la esquina opuesta se emplaza un curioso kiosco de aires modernistas, construido hace unos sesenta años y decorado con cerámica de Manises. Del Parque de San Telmo partía el viejo Muelle de Las Palmas, hoy desaparecido, desde el que contemplaba el Atlántico el monumento que el escultor Victorio Macho dedicara a Pérez Gladós.

Hoy, el monumento a Don Benito protagoniza otra plaza, la de la Feria, o de León y Castillo. Esta es la segunda plaza de la expansión de Las Palmas en el siglo pasado. Data de la segunda mitad de aquella centuria y en su recinto se quiso hacer, en cierta ocasión, una plaza de toros, iniciativa que,



EL MONUMENTO A GALDÓS
EN LA PLAZA DE LA FERIA.



por fortuna, no se ejecutó. Durante mucho tiempo, la Plaza de la Feria ofreció una típica estampa colonial que desapareció al ser remodelada hace varios años, con motivo de la ubicación del nuevo monumento a Galdós, obra del escultor Pablo Serrano.

La ciudad tiene otras plazas: en el Parque Doramas, el Pueblo Canario posee su plaza típica, escenario frecuente de exhibiciones folklóricas; en la Ciudad Alta, la plaza de Don Benito es el corazón del barrio de Schamann; las plazas del Pilar, de Arucas, de Telde, de Méjico, la plaza de España, etc. poseen nombres de variadas resonancias; al compás del crecimiento de la urbe han ido surgiendo otras varias, pero acaso ninguna con el encanto, la gracia y el simbolismo de las antiguas. A éstas sólo puede equipararse el Parque de Santa Catalina, que es la auténtica plaza de Las Palmas en la segunda mitad del siglo XX.

Situado en el centro de la zona turística y porteña de Las Palmas, el Parque de Santa Catalina es el lugar de encuentro entre el isleño y el visitante, representado por los centenares de miles de turistas que anualmente acuden a la capital y a la isla. Es una plaza llena de colorido y de intensa vida a cualquier hora del día y de la noche, con sus terrazas y restaurantes llenos del público más variado, sus kioscos que ofrecen desde el diario de cualquier país europeo hasta el más exótico objeto, sus pintores y sus artesanos ambulantes y sus personajes populares, como la famosa "Lolita", conocida hoy en los cinco continentes. Es el espacio en el que conviven y se comunican gentes de las más diversas procedencias y, en cierto sentido, podríamos decir que el "Catalina Park", como también se le llama, atiende a aquel sentido originario de la plaza como centro ciudadano. De la sobria y adusta Plaza de Santa Ana hasta el actual Parque de Santa Catalina hay una distancia histórica de cinco siglos que define todo el cambio en la personalidad de una ciudad como Las Palmas de Gran Canaria.

Alfredo HERRERA PIQUE

PARQUE DE
SANTA CATALINA